

PARADOJAS ESTÉTICAS Y DESAGRAVIOS VITALES EN VALERA (CRÍTICA, EPISTOLARIO ESTADOUNIDENSE, *JUANITA LA LARGA*)

Andrés ZAMORA
Vanderbilt University
ORCID: 0000-0002-4484-8877

Resumen:

Juan Valera condenó enérgicamente la novela realista y naturalista, particularmente con respecto a su deseo de incluir todos los aspectos de la vida en ella, por muy desagradables, obscenos o lamentables que fueran. Sin embargo, en una parte de su obra, en su prolija correspondencia, Valera incurre en lo que podría denominarse una narración con claros ribetes naturalistas. En la presente reflexión se pone en diálogo intratextual, o más bien discusión y polémica, la obra crítica de Valera y uno de sus epistolarios más célebres, el que produjo durante su estancia como embajador en Washington. Adicionalmente, el trabajo ensaya la hipótesis de que *Juanita la Larga*, publicada diez años después de su correspondencia washingtoniana, constituye una réplica estética a ese texto naturalista del epistolario estadounidense y una reparación personal de los errores y miserias acaecidas al escritor en su experiencia americana.

Palabras clave:

Juan Valera. Obra crítica. Epistolario. Washington. *Juanita la Larga*. Diálogos intratextuales.

Abstract:

Juan Valera forcefully disdained and chastised realist and naturalist novels, particularly concerning their desire to incorporate

all aspects of life, regardless of how repugnant, obscene, and pitiful they were. However, there is a section in his oeuvre, the vast body of his correspondence, that could be read as a narrative imbued of naturalist undertones. In this essay I propose an intratextual dialog, or better yet an argument, between Valera's work as a literary critic and one of his most famous epistolary exertions: the letters he wrote during his tenure as Spanish ambassador in Washington. Additionally, the essay tests the hypothesis that his later novel *Juanita la Larga* works as an aesthetic retort to that naturalist text and as personal reparation for his misdeeds and miseries during his stay at Washington.

Key words:

Juan Valera. Criticism. Letters. Washington. *Juanita la Larga*. Intratextual Dialogues.

A manera de exordio perplejo a esta propuesta de lectura quiero comenzar con tres citas de Juan Valera. La primera pertenece a una de las diatribas más afamadas en contra del movimiento realista en la novela española del XIX, los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* que Juan Valera produce entre 1886 y 1887. En ella el aristocrático y clásico Valera se lamenta de que los artífices de la nueva escuela «lo describen todo, sin que nada quede en la penumbra ni tenga que desear la menor aclaración el más depravado curioso» (Valera, 1887, 42). La segunda, cuidadosamente evitada por la mayoría de los críticos que se han ocupada de su persona y obra, forma parte del cuerpo de la correspondencia mantenida por el escritor en su estancia en Washington como embajador plenipotenciario de España en Estados Unidos. «La gente aquí es afable y hospitalaria», dice en una carta de 1885 a su sobrino Pepe Alcalá Galiano, «y guapas y cariñosas y más novelescas que entre nosotros las mujeres, a las cuales, si bien con pocos bríos y arrestos ya, sigo aficionadísimo, en virtud de cierta ternura religiosa, casi mística que me infunde el chomino». Un poco más delante de esta frase, pudorosamente ignorada por los especialistas en el escritor, figura en la misma carta, por el contrario, una de las más citadas en reflexiones sobre

el tema del sentimiento amoroso en Valera, hombre y escritor: «En suma todavía persisto en creer que el precio más alto de la vida, su objeto, su fin, su todo, es el amor. En un abrazo de la mujer querida está el cielo. Lo demás no vale un pitoche». Sin embargo, tras este transporte idealista, y tras el descenso de esas cumbres con el vulgarismo «pitoche», Valera reincide en la crudeza sexual dentro de un párrafo pleno de espléndida ironía verbal y aún de socarronería:

Por donde toda mi filosofía se encamina ahora a demostrarme a mí mismo, para cuando ya no se me enderece, y esto se me viene encima a más andar, que en la humanidad, en la patria, en la gloria, en la ciencia, en el arte, en Dios en suma, he de hallar el sustituto del chomino, a quien pueda hacer yo todos los sacrificios, y con quien pueda yo celebrar ritos, ceremonias y sacramentos, sin más erección que la del espíritu cuya erección presumo mortal y perenne (Valera, 2005, 279).

La última cita que quiero poner en juego figura en su novela de 1895 *Juanita la Larga* e incluye una inesperada y un tanto extemporánea locución inglesa trufada en esta narración de ambiente rural y andaluz: «Con todas estas habilidades y excelencias, Juana la Larga no podía menos de ser querida y estimada en Villalegre, consiguiendo que su severa y más alta sociedad o *high life* le hubiese perdonado un desliz o tropiezo que tuvo en sus mocedades» (Valera, 1986, 84).

En «La muerte y la brújula» de Jorge Luis Borges el finalmente malhadado detective Erik Lönröt reacciona con estas palabras a la banal suposición que el comisario Treviranus le ha expuesto sobre las circunstancias del misterioso asesinato del doctor talmúdico Marcelo Yarmolinsky: «Posible, pero no interesante —respondió Lönröt—. Usted replicará que la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante. Yo le replicaré que la realidad puede prescindir de esa obligación, pero no las hipótesis» (Borges, 1974, 500). La mía, la que quiero aventurar aquí, se ciñe a estos términos: Juan Valera que abominó profusamente de la poética realista, sobre todo en lo que hacía a su

voluntad de incluir todos los detalles escabrosos y desagradables de la vida, las miserias del alma y el cuerpo, las glorias carnales de este último y las penurias trágicas o triviales de la existencia, perpetra un texto naturalista o es condenado a él de acuerdo a esos parámetros en el curso de su dilatada correspondencia y en su vida misma, particularmente en la que produjo y la que vivió durante su estancia como embajador en Washington entre el invierno de 1884 y el de 1886. Como colofón a esa propuesta de lectura, se puede arriesgar la idea de que *Juanita la Larga*, publicada primero por entregas periodísticas y luego en forma de libro un decenio después de sus días en Washington, supone una réplica intratextual a ese texto naturalista del epistolario estadounidense y una terapia o desagravio personal que el escritor se concede para restañar las contrariedades y desgracias sufridas en sus andanzas americanas.

En el citado *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* y en algunos de sus artículos críticos más conocidos, como «Disonancias y armonías de la moral y de la estética», Valera se empeñó en una ardua tarea de demolición estética del nuevo movimiento realista en la novela y de su alarde con el naturalismo. Además de su oposición a cuestiones filosóficas, como el determinismo de este último, y de otras más puramente tocantes a la poética narrativa, caso de los afanes de penetrar hasta lo más hondo de las conciencias de los personajes (un tanto curioso en un escritor cuya obra es a veces etiquetada como psicológica) y de las máximas programáticas de la escuela en cuanto a la impasibilidad narrativa y la desaparición del autor (mucho más teóricas que efectivamente llevadas a cabo con rigor en las novelas concretas del realismo español), Valera oponía al triunfante movimiento narrativo un idealismo novelesco que proscribía en general lo feo, lo sucio, lo desagradable, lo obsceno, lo excesivamente corporal y material. En concreto, lo que Valera deplora de los contenidos del realismo y el naturalismo (a partir de cierto momento los dos términos tienden a confundirse en el contexto español y específicamente en los escritos de Valera) se puede compendiar en tres epígrafes generales: los componentes escatológicos, la explicitud sexual y el énfasis en las miserias del cuerpo individual y el cuerpo social, como la puntillosa atención a las manifestaciones

fisiológicas de la enfermedad o la descarnada inscripción textual de la desigualdad social, los apuros económicos y la pobreza.

En los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* aclara Valera con su característica ironía que ahora «el toque, el busilis de la buena novela, está en dar un mal rato a cada uno de cuantos lo lean, en dañar su higiene, en vencer su repugnancia y dominar sus ascos para que sufra con valor, y sin vómito, el espectáculo inmundo de las más espantosas miserias» (Valera, 1887, 12). En el mismo texto, habla asimismo de «ese montón de basura que cada novela realista suele juntar para que le suframos» (Valera, 1887, 12), se hace eco de las especulaciones de algunos críticos franceses sobre la posibilidad de futuras novelas naturalistas con títulos como *El bidet* o *El orinal* (Valera, 1887, 49) y se fija en un reciente texto francés de segundo o tercer orden, *Virus d'amour* de Adolphe Tarabant, para ilustrar y poner de relieve las aparentemente fatales tendencias escatológicas de la nueva escuela: «Esta preciosa novela está adornada con vómitos, diarreas, y todo otro linaje de inmundicias, y ameniza con episodios de borracheras, hambres, indigestiones y cólicos, y hasta de encuentros de pederastas en una letrina» (Valera, 1887, 42). Incidentalmente y como anticipo de lo que vendrá después, esta breve paráfrasis del aparentemente escrupuloso Valera acumula sin duda más referencias escatológicas directas que casi todo el realismo español en su conjunto, bastante pacato en general a la hora de introducir este tipo de elementos en sus narraciones, El mismo Valera lo reconocía en carta a Marcelino Menéndez Pelayo: «Harto conozco yo, como usted, que mis artículos contra el naturalismo son algo naturalistas por lo desvergonzados; Pero no he sabido contenerme [...]» (Valera, 1946, 298-99).

Por supuesto, Valera no es ni mucho menos el único en atribuir esta obsesión excremental al realismo, elevándola, con desdén estético y declarada repugnancia por razones de moralidad, delicadeza o urbanidad, a deplorable característica esencial del movimiento novelesco. Se diría que, para sus críticos y adversarios contemporáneos, la novela realista española de la década de 1880 no sólo adolece de inflación o abundancia escatológica, sino que ella misma parece ser *per se* excremento literario, fecal por naturaleza. En un discurso sobre la oratoria sagrada pronunciado

frente a la Real Academia de la Lengua en 1883, Pedro Antonio de Alarcón habla de los libros realistas y naturalistas como «manuscía literaria» (Alarcón, 1883, 84) y el mismo año Clarín se tenía que defender de esa acusación y de la de Campoamor en cuanto a su visión de los mismos como «la imitación de lo que repugna a los sentidos», alegando que la literatura puede describir cualquier cosa «sin temor al contagio y los malos olores» (Alas, 1984, 132-34). Incidentalmente de nuevo, vuelvo a reiterar, el alegato de Clarín parecería innecesario dado que en verdad la gran mayoría de las novelas realistas registran una notable escasez escatológica, un general estreñimiento textual.

Con respecto a la inclusión más o menos explícita del sexo y la sexualidad, en los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* Valera concede tanto espacio e importancia a refutar la legitimidad artística de la representación de las relaciones carnales, que el lector se siente tentado a pensar que el realismo se reduce, además de a sus delicuescencias excrementales, precisamente a eso, y que la pertenencia de una novela al movimiento depende en buena parte del número de escenas de cama. Para Valera, como ya se sugería en una cita anterior, una de las grandes innovaciones del naturalismo es su ansia de contarlo todo, «muy despacio y con todos sus ápices y circunstancias» al gusto de Zola (Valera, 1887, 14-15), y, al parecer, ese contarlo todo entraña introducir peripecias sexuales; la carne, como pecado, es una de las piedras angulares de la plenitud. Semejante al caso de los cargos de escatología imputados al realismo y al naturalismo los defensores de ambas poéticas rechazaron frecuentemente esa ineluctable identificación entre realismo y obscenidad denunciada por Valera y otros enemigos confesos de la escuela, como Pedro Antonio de Alarcón en su artículo de 1858 «*Fanny*, Novela de Mr. Erneste Feydeau» (Alarcón, 1983, 71-106) o en el discurso pronunciado en 1877 durante la ceremonia de su ingreso en la RAE: «Discurso sobre la moral en el arte» (Alarcón, 1983, 7-62). Valera insiste en semejantes ideas en otras obras críticas suyas. En «De la naturaleza y carácter de la novela» (1860) se manifiesta contra el uso de palabras soeces en literatura (Valera, 1961, vol. 2, 194) como anticipo temprano de sus quejas concretas en los *Apuntes* por el uso en el naturalismo de «ciertas palabras muy bajas, sobre todo de las impuras y soeces»

(Valera, 1887, 65), por su abuso «de las palabras sucias» (Valera, 1887, 66). En «Disonancias y armonías de la moral y de la estética» (1890) advierte a Salvador Rueda con respecto a su *Himno a la carne* que «no conviene introducir al pueblo en la alcoba», acusándolo de detenerse «en pormenores con exceso de morosa delectación». «No cae usted», continúa su filípica estético moral, «en que ciertos actos tienen mucho de grotescos, si no van acompañados de misterioso recato», incidiendo más adelante el mujeriego y en absoluto platónico Valera en lo «antiestético del goce del amor», de «la exhibición o representación del abrazo amoroso, más o menos apretado» (Valera, 1961, vol. 2, 832-33).

La imputación que le hace Valera a la novela realista y sobre todo naturalista es que «viene a ser, casi siempre, una acusación contra la naturaleza, complaciéndose en pintar lo feo, lo grotesco y lo horrible» (Valera, 1887, 48). Además de la materia excremental y de los desahogos y satisfacciones sexuales, Valera incluye en esa trinidad maldita de lo feo, lo grotesco y lo horrible asuntos como la enfermedad y la muerte, el hambre, la pobreza y la miseria de las clases bajas, los apuros económicos de la burguesía, la falta de justicia social y la desigualdad, las catástrofes infligidas por la naturaleza a los hombres o por los mismos hombres a sí mismos:

Morir tenemos: ya lo sabemos. Este mundo es un valle de lágrimas: en él hay más bocas que pan y más frío que capas, y muchísimo menos dinero del que se necesita. En él hay enfermedades, inundaciones y terremotos, discordias, injusticias y guerras: y luego la muerte, como remate de todo. Burlarse de lo serio, melancólico y fúnebre, no está bien. Malos hígados tiene quien se ríe de un entierro; pero también es vicio verlo todo negro y complacerse en pintarlo así, y no resignarse ni conformarse con nada (Valera, 1887, 60).

Ante esa estética y esa filosofía (Valera aspiraba denodadamente al optimismo como programa vital) no es extraño que afirme lapidariamente que «los infortunios, percances y malas andanzas de Lantier, Gervasia, Virginia, Coupeau y comparsa», los personajes de la trascendental novela de Emile Zola *L'Assommoir*

de 1876, «repugnan, fatigan, desagradan como enojosa pesadilla» (Valera, 1887, 68). Y ante una de las novelas más brutalmente naturalistas del mismo Zola, Valera polemiza dialécticamente de esta manera:

¿Por qué y para qué ha de estar lleno el *coron* de *Germinal* de inmundicia, moral y física, sin chiste, y no contada en resumen, sino muy desleída?

Se me dirá: ¿Qué quieres? Es la verdad. Y si respondo: ¿Qué necesidad hay de decir la verdad tan prolijamente, si la verdad es fea? Y si me replican: Hace gracia; da gusto, digo que no lo comprendo: que lo feo, no sublime, no debe hacer gracia ni dar gusto en serio [...]. Lo que no debe celebrarse, lo que no debe gustar, como no se tenga el gusto muy depravado, es la descripción de la miseria moral y física del *coron*, que no es para reír ni es para producir la belleza (Valera, 1887, 183).

Todo esto es bien conocido y ha sido aducido, destacado o prolijamente analizado por la crítica, pero lo que se ha ignorado es el paradójico contraste de esta obra crítica de Valera con otra suya producida de manera casi contemporánea: el corpus de su abundante correspondencia desde Washington cuando ejerció allí de embajador del reino de España.

He aquí una posible trama naturalista. Un aristocrático personaje, aquejado por problemas económicos y atormentado por los desdenes de una esposa mucho más joven que él, acepta un empleo en un lugar lejos de su hogar donde se convierte en un agudo observador de la sociedad local. Allí sufre de calores y fríos inaguantables, enferma de malaria, tiene trastornos estomacales por culpa de la detestable dieta del sitio, sufre continuamente de falta de numerario debido en buena parte a las muchas deudas que arrastra y vive acompañado de un atrabiliario sobrino cuya tendencia a la locura se manifiesta en una incesante necesidad de cantar, particularmente llamativa cuando hace sus necesidades corporales en el retrete de la casa que comparte con el atribulado tío. El personaje se muestra preocupado por la epidemia de cólera que puede afectar a la remota familia y se siente viejo, torpe y

caduco. Sin embargo, inicia unas relaciones amorosas y sexuales con una mujer mucho más joven que él, probablemente por su declarada e indesmayable afición al sexo de la mujer y a sus enfáticos y fervientes deseos de mantener su potencia sexual. En el medio de esa aventura recibe la trágica noticia de la muerte por enfermedad de uno de sus hijos y surge la sospecha de que se pueda sentir culpable de que esa desgracia que le ha acaecido haya sido propiciada por sus liviandades sexuales. Un poco más tarde también descubre que su otro hijo ha seducido a una doncella de su esposa y, tal vez pensando si el vástago tendrá las mismas propensiones que el padre, queda preocupado por las enfermedades y desbarajustes que pueda sufrir en el futuro la única progenie masculina que le queda de continuar por esos derroteros. Al final, fracasado en su trabajo y relativamente empobrecido, ha de dejar su empleo y, como consecuencia, su joven amante, desesperada por su marcha, se suicida en su propia casa motivando de nuevo infinitas tristezas, dudas y tal vez nuevos remordimientos. Este es el argumento que se desprende de la correspondencia de Juan Valera desde Washington si leyéramos la misma como una novela, una novela que debido a la presencia de la muerte, la enfermedad, la vejez, el sexo en su forma más cruda, el cuerpo y la fisiología en general, incluidas sus servidumbres escatológicas, la desgracia, la infelicidad matrimonial, el adulterio, las estrecheces económicas y el análisis de la sociedad habría de motejarse como sorprendente o irónicamente afín a las producidas por la escuela naturalista.

Aunque ya Vernon Chamberlin había ensayado la hipótesis de que bajo un personaje de una famosa novela realista o naturalista, Juanito Santa Cruz en *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós, alentaban la persona, los hábitos y la vida de Juan Valera, haciendo del escritor un personaje naturalista, se podría argumentar que una cosa son los textos literarios de un autor y otra su vida, por más que esta nos llegue a través de otros textos, de su correspondencia, y que mientras los primeros pueden ser perfectamente idealistas, la vida y los segundos son susceptibles de coincidir sin caer en incoherencia estética con algunos de los hechos y disposiciones típicas de las tramas y personajes del naturalismo. Sin embargo, es posible acumular una serie de

argumentos que justificarían la lectura de la correspondencia de Valera, en concreto aquí la escrita desde Washington, como una obra literaria más del escritor y más concretamente como una de sus más logradas narraciones.

Andrés Amorós decía querer ser tajante en su afirmación que el «Epistolario de Valera», así lo pone, con mayúscula, es «el mejor de toda la literatura española» (Amorós, 2005, 78), coincidiendo en esto en mayor o menor medida con muchos otros, como Manuel Bermejo Marcos (Bermejo, 1986, 137) o Pilar Vega Rodríguez (Vega, 2008, 472). Amorós añadía, apoyándose en una declaración epistolar del propio Valera y a pesar de ciertas contradicciones, que dicho Epistolario estaba dirigido a un destinatario «múltiple», es decir que su narratario era finalmente el público lector pues, sigue concluyendo Amorós, el novelista admitía que el cuerpo de sus cartas fuera publicado en el futuro (Amorós, 2005, 79). Manuel Azaña consideraba, por otro lado, sus cartas como «banco de pruebas» y almacén de futuros personajes de sus novelas (Azaña, 1971, 47). Eduardo Abud señala la tendencia de Valera hacia la novela epistolar en la no acabada *Cartas de un pretendiente* y en *Pepita Jiménez*, sus primicias novelísticas, así como su carácter de fundador y máximo maestro del género en España (Abud, 2004, 61). Vega Rodríguez, por su parte, incide en los procesos de novelización llevados a cabo por Valera en su correspondencia: «Bajo la pluma del escritor las celebridades históricas se transforman, más de una vez, en seres novelescos, y sus avatares biográficos en aventuras romancescas. Pero también el propio escritor se metamorfosea en personaje, ora desenfadado y pícaro, ora abúlico y doblegado» (Vega, 2008, 479). Valera mismo, en la antesala de su periplo americano, desde el barco Cefalonia, le declara explícitamente a su hermana Sofía sus planes de convertir su correspondencia en un futuro libro: «Yo te contestaré en mis futuras cartas algo de mis impresiones de los Estados Unidos, sobre las cuales o mejor dicho, *con las cuales* pienso hacer un libro» (subrayado mío. Valera, 1974, 197). Ya en Washington, en una de sus misivas a su esposa, alerta sobre la cualidad literaria de lo que ve y lo que cuenta en sus cartas: «Esta ciudad, que es su capital, parece una linterna mágica, en la cual ve uno aparecer sucesivamente a todas las personas y *personajes* de esta extensa

República» (subrayado de Valera. Valera, 2005, 305). Y en una carta a su amigo Narciso Campillo, Valera especifica incluso el género literario y la escuela a la que podrían haberse acogido sus vivencias en la capital de Estados Unidos, vivencias que él va recogiendo diligentemente en cientos de cartas a múltiples corresponsales: «En fin, si yo no estuviese ya tan deteriorado, daría mucho más que besos y sonrisas, y aun me inspiraría en estos dares y tomares para escribir novelas de pasión realista que habían de arder en un candil» (Valera, 2005, 313). De hecho, Juan Valera no estaba ni mucho menos tan averiado, dio mucho más que besos y sonrisas a esas jóvenes norteamericanas a las que alude en su carta a Campillo y produjo efectivamente en su epistolario una novela realista o naturalista, pero no solo en cuanto a la pasión amorosa y sexual, sino en lo que respecta a muchos otros factores.

Entre las cosas que más desdén estético le producen a Valera en las novelas naturalistas o en la poética de la escuela y que, sin embargo, abundan sobremanera en su correspondencia desde Washington, figura la obligada inclusión de las bajas necesidades y las miserias del cuerpo. Valera anota en sus cartas con un lenguaje que se podría calificar como imbuido de fisiología vulgar los sufrimientos corporales que le provocan los rigores del clima de la capital estadounidense: «Aquí hay días de calor grandísimo en que se suda el quilo»; «Este país [...] donde se derrite uno de calor en verano, y tiritita y se rompe el bautismo ahora, es para gente joven, robusta y pujante, y no para mí, que soy viejo y canijo» (Valera, 2005, 160, 244). Y si el ambiente climático atormenta el cuerpo del escritor protagonista del epistolario, la comida del lugar, muchas veces motejada por él como abominable, le granjea, afirma Valera en carta a su hermana, «irritaciones de tripas y estreñimientos feroces» (Valera, 1974, 200), dando corporeidad doliente y excremental a su persona como daría en cartas posteriores a su estancia en Washington corporeidad olfativa a otro campeón del idealismo novelesco, a su gran y admirado amigo Marcelino Menéndez y Pelayo, «el más sabio de los españoles y uno de los más eruditos y discretos escritores que viven en el día sobre la faz de nuestro planeta»: «Menéndez, como no se lava nunca, huele bastante mal, a pesar de los fríos del invierno» (Valera, 1956, 228-229). La enfermedad, raramente

admitida en toda su real brutalidad dentro de sus novelas al uso, entra de lleno en esta narración epistolar americana en forma de sus angustiosas preocupaciones por la extensión del cólera en Europa y el peligro para su familia o en el relato de los trastornos físicos y mentales que le aquejan a él mismo tras contraer la malaria (Valera, 2005, 153, 392). La vejez, la suya, y la cercanía de la muerte, tratadas exageradamente como he dicho más arriba, serán también presencia constante en estas cartas, a veces desafiadas por un Valera que aspira siempre al optimismo, y otras tristemente admitidas en su inevitabilidad: «[...] estoy triste, enfermo y viejo y más a propósito para meterme donde nadie me vea que no para seguir diplomatiendo [...] Para mí los amores acabaron y me declararé viejo, jubilado e inválido [...]» (Valera, 2005, 442). Sin embargo, tal vez lo más llamativo de estas inscripciones epistolares del cuerpo en toda su materialidad, tan airada y sarcásticamente criticadas por él cuando las perpetraban las nuevas novelas naturalistas, sea la inclusión entre ellas de un componente escatológico mucho más abundante de hecho que el que cabe encontrar en dichas novelas, al menos en las producidas en España.

Si Valera admite en su correspondencia sufrir de «estreñimientos feroces», su sobrino Juanito, por el contrario, aparece no sólo aquejado de una suerte de incontinenia musical, pues canta continua, incansable e insoportablemente, sino también como explícitamente sujeto a necesidades excrementales, algo inconcebible en el tipo de novela idealista a la que aspiraba Valera e incluso bastante infrecuente en las novelas realistas y naturalistas contemporáneas. De hecho, ambas cosas, la diarrea canora de este curioso personaje, y su realidad fecal, suelen ir de la mano. Hablando del incesante canto de su sobrino le escribe Valera a su esposa, Dolores Delavat: «Aquí no hay nadie de nuestros conocidos que no se maraville del resuello de Juanito en el cantar sin reposo. Comiendo, haciendo caca, jugando a las cartas, copiando despachos» (Valera, 2005, 145). Juanito canta todo el tiempo, en una curiosa especie de locura que hubiera sido digna de estudio en la La Salpêtrière de Charcot durante el ápice del naturalismo francés, pero sobre todo lo hace más ruidosamente cuando hace sus necesidades. Su música, le cuenta Valera otra vez

a su esposa, «nunca es más estruendosa y triunfal que cuando está haciendo o acaba de hacer caca. Entonces atruena la casa, y como casi siempre es a las horas de oficina, todos se enteran de que Juanito ha puesto su huevo y le está cacareando» (Valera, 2005, 251). Valera vuelve una y otra vez a esta escena excremental, participando de la misma a toda la familia en cartas a su esposa, a su hijo Luis y a su hermana Sofía (Valera, 2005, 230, 253, 255, 292), pero en otras ocasiones el componente escatológico se hace más general y simbólico acercándose así a ciertas visiones comunes en algunas novelas realistas, como *Fortunata y Jacinta*, en las que un determinado sector de la sociedad queda convertido en excremento: «América», le escribe a su hermana Sofía, «es la cloaca de Europa, donde Europa vacía sus inmundicias» (Valera, 1974, 228).

Además de cantar, «hacer caca», en expresión de Valera, y flirtear con las «Misses», el sobrino de Valera, al que el escritor animaliza *more* naturalista en la figura de un «macaco» (Valera, 1974, 203), contrae continuas y disparatadas deudas que en numerosas ocasiones ha de satisfacer su tío en lo que cabría circunscribir dentro de otro de los aderezos temáticos imprescindibles del realismo y el naturalismo: el dinero en toda su trágica trivialidad cotidiana. En la típica dialéctica realista entre el parecer y el ser económico, entre la apariencia y la realidad monetaria, Juanito se comporta como muchos personajes galdosianos, intentando hacerse pasar por un aristócrata que se codea con la flor y nata de las clases adineradas en España (Valera, 2005, 251). Pero su tío, el narrador, no es menos galdosiano en sus ahogos económicos. Tiene deudas que ha ido dejando sembradas en diversos lugares de su geografía personal y que va satisfaciendo poco a poco y con dificultad, según queda anotado con minuciosidad numérica en sus cartas. Pasa continuos apuros económicos, en buena medida por vivir por encima de sus posibilidades como si de la Rosalía Bringas de Galdós se tratara. Pero también se preocupa continuamente de la carestía de la vida, de lo que ha de gastar, dados sus gustos y su posición, y de lo que está gastando (en el funeral de su hijo, por ejemplo [Valera, 2005, 328]), o del futuro de sus magras finanzas como si en este capítulo se pareciera al esposo de esa Rosalía galdosiana, a don Francisco

Bringas. Valera no tiene dinero para comprar menaje y recibir adecuadamente invitados en la legación española, admira y envidia la opulencia del embajador y la embajada rusa, compara la riqueza estadounidense con la pobreza española, le asusta el dinero que ha de gastar ante la necesidad de mudarse o de salir de Washington en el verano debido al tórrido calor y al hecho de que en la ciudad nadie que se precie de solidez económica se queda durante esa estación (Valera, 2005, 73, 101-105, 243, 159, 185, 227). Pocos meses antes de abandonar su puesto en Washington le confiesa a su esposa que si las cosas no le van bien en cierto asunto, y sospecha que así será dada su suerte y sus continuos fracasos y desgracias, volverá a Europa «tronadísimo» (Valera, 2005, 451), incurriendo así en un adjetivo y una condición terriblemente habituales en novelas y personajes realistas.

Se podrían seguir acumulando elementos realistas y naturalistas encontrados en este epistolario americano de Valera, como la violencia más innoble (el aristocrático marido de su sobrina la maltrata físicamente), la segura irrupción de la muerte (la de su hijo, por enfermedad, la de su amante Catherine Bayard, por suicidio, y la que Valera siente acechante en su vejez), e incluso la sospecha de la aparición en esta novela epistolar de Valera del idiosincrásico determinismo de la escuela predicado por Zola a partir de Taine y su clásica trinidad de factores determinantes de personas y personajes: la influencia física y genética, el medio físico y social y el momento histórico. A este último respecto, el narrador epistolar atribuye la personalidad de ciertas señoritas a que «han heredado la sangre andaluza y de bolera de la mamá Pepita Oliva, y han adoptado aquí todos los flirteos, libertades y desenvolturas de las señoritas yankees»; o aventura que sus «melancolías, a más de las desgracias y disgustos», se deben a «una causa física y del clima de aquí que es espantoso» (Valera, 2005, 365, 389). Finalmente, bajo sus palabras al aconsejar a su esposa sobre el desliz sexual de su hijo Luis con una de las doncellas de su madre, un incidente que en su crudeza funciona perfectamente como peripecia de novela realista, puede surgir la sospecha de que Valera ve reflejadas en su descendencia sus propias culpas y de que el hijo haya heredado por vía genética las pulsiones y desenfrenos eróticos del padre, de lo que Carlos Sáenz de Tejada tachaba en la introducción a *Cartas*

íntimas de Valera como «su apetito sexual desordenado» (Sáenz, 1974, 18):

Yo espero, pues, que en adelante no vuelva Luisito a enredarse con tus doncellas. Lo que es menester, pues sería peor, es que no vaya a mujeres de las que se venden. Sobre esto hay que exhortarle y echarle muchos sermones. No es más que el acto brutal, sin que ninguna especie de cariño o afecto del alma le disculpe o al menos le cohoneste un poco. Además es expuesto a coger enfermedades horribles y asquerosas y a tomar mañas feísimas, inmorales y de malos resultados para la robustez y salud del cuerpo (Valera, 2005, 402).

Valera, impenitente devoto del «chomino», como declara en la cita que abría este ensayo, lo buscó en numerosas amantes y, véase su epistolario brasileño, también en los burdeles que frecuentó, además de contraer en alguna ocasión esas repugnantes enfermedades de las que habla.

La inscripción del sexo, de las relaciones carnales, y del vocabulario de ese campo semántico, usualmente considerado vulgar cuando iba más allá de veladuras y eufemismos, fue una de las reiteradas piedras de toque de los adversarios estéticos de la escuela realista y naturalista, con Valera de forma conspicua y elocuente a su cabeza. A pesar de esas prevenciones, si se leyera el epistolario de Valera como una novela o una serie de novelas, el cordobés se revelaría como uno de los autores más atrevidos de la época con la excepción de los cofrades del naturalismo radical y médico-social. En el pasado, este hecho fue frecuentemente escamoteado a los lectores por parte de críticos y antólogos, aparte de aquellos que, sin ser ni lo uno ni lo otro, destruyeron epistolarios particulares completos de Valera, como las cartas a Miguel de los Santos Álvarez, por su carácter escandalosamente escabroso. Con respecto al epistolario washingtoniano, por ejemplo, en su edición de cartas inéditas de Valera de 1956 Cyrus C. DeCoster omitía «el chomino», sustituyéndolo por «la mujer», cayendo así involuntariamente en un flagrante fetichismo crítico (la mujer es el chomino y el chomino es la mujer), y transformaba la

locución «cuando ya no se me enderece» por «cuando ya caduque» (Valera, 1956, 103). DeCoster alertaba de estas sustituciones en su edición, seguramente motivadas en parte por el momento histórico de la publicación, poniéndolas entre corchetes, pero la crítica más contemporánea ha continuado con una cierta actitud renuente a aludir a las palabras originales y a casos semejantes o a darles importancia crítica al margen de ofrecerlas como ejemplos de la espontaneidad y la humorística naturalidad estilística del discurso epistolar de Valera. Sin embargo, si se leen estas cartas bajo la premisa de considerar alguno de los epistolarios de Valera, en este caso el escrito desde Washington, como un texto narrativo más entre los del escritor, estos exabruptos, explicitudes o sinceridades sexuales se convierte en un elemento más, un elemento fundamental de hecho, en la adscripción de esta parte de la obra de Valera, probablemente a su pesar, al movimiento realista y naturalista.

Si, como he anotado más arriba, en el proemio de su estancia en Washington, a bordo del barco Cefalonia, Valera le participaba a su hermana en una carta su intención de convertir su correspondencia con sus observaciones sobre el país al que se dirige en un libro, en otra carta escrita y fechada en esa misma travesía se pone concisa, pero lapidariamente, de manifiesto la franqueza sexual que podría acoger ese libro. «Aquí», le cuenta a su amigo Francisco Moreno Ruiz desde el Cefalonia, «se viste uno, se desnuda, se baña, se afeita y fornicar, si tiene con quien, como en su propia casa» (Valera, 2005, 27). A pesar de las cartas perdidas y destruidas (huecos que el lector, como en cualquier narración, se siente tentado u obligado a llenar), lo que nos ha quedado del epistolario es pródigo en referencias sexuales mas o menos expresas, sobre todo en lo que se refiere a la actitud y modos de vida de las mujeres en Estados Unidos, un tema perpetuamente fascinante para Valera, y, de manera más particular, con respecto a las aventuras amorosas personales del novelista.

Valera escribe obsesivamente a todos sus correspondientes sobre las costumbres de las jóvenes solteras estadounidenses, especialmente en lo que afecta a la libertad de su comportamiento y a su afición al coqueteo, al «flirtation», utilizando la palabra de la que el narrador se vale continuamente. Con gran desenfado

lingüístico, Valera habla de si en estas «flirtations» hay o no «grave peligro de preñez» y destaca en cartas a su hermana que en estas circunstancias se llega «a los mayores extremos del sobamiento», que su sobrino Juanito «es de los que más soban», o que «el besuqueo y el sobajeo son feroces» (Valera, 2005, 304; Valera, 1974, 202-03, 214). De esta manera, con sugerencias casi sadianas, como si de una orgía se tratara, describe una escena típica de esas «flirtations» en la escalera de las casas donde se recibe a la alta sociedad capitalina con hombres y mujeres sentados por parejas y alternadamente en los escalones:

De este modo alternando y entreverando, resulta que cada Miss se halla enteramente circundada, envuelta en carne humana masculina: hombre al lado, hombre por detrás y hombre por delante: con contacto y rozamiento trino; y a cada hombre le sucede lo mismo con tres Señoritas (Valera, 1974, 220).

La carta concreta de donde proceden estas líneas va dirigida a la hermana de Valera, a Sofía, lo cual en cierto sentido hace más sorprendentemente carnal o morboso su contenido, sobre todo teniendo en cuenta que en una carta posterior Valera le cuenta a su hermana que algunas «Señoritas» americanas «flirtean» con él a pesar de su vejez (Valera, 1974, 252).

Apenas un mes después de esa carta a su hermana en que le declara que hay «Misses» que «flirtean» con él y pocos días más tarde de que le comunicase que «con más de sesenta años, tengo quien guste de mí» (Valera, 1974, 255), refiriéndose probablemente a Catherine Bayard, su amante más constata en este período, es cuando Valera se expresa en torno a su devoción al «chomino» y las preocupaciones sobre sus erecciones, sobre si se le «endereza», en la famosa misiva a su sobrino Pepe Alcalá Galiano. En ese contexto, el episodio amoroso con la hija del Secretario de Estado constituye la peripecia principal de la novela epistolar de sus cartas desde Washington, exhibiendo un motivo habitual en Valera, el del amor entre un hombre mayor y una mujer mucho más joven, y tres temas muy frecuentes en el realismo: el de las relaciones indecorosas y pecaminosas, el del matrimonio infeliz y el del

adulterio, normalmente femenino pero masculino en este caso. El relato, como suele ser también normal en el realismo, acaba trágicamente con la muerte de una mujer (*Fortunata y Jacinta*, *Nana* y tantas otras novelas), más particularmente con el suicidio de la amante al estilo de *Madame Bovary*, *Ana Karenina* o *Tormento* en grado de tentativa.

Entre los incidentes de esta historia se cuentan algunos del mayor interés y dramatismo realista. La primera mención explícita a Miss Bayard entre la correspondencia que nos ha quedado (el azar de lo que ha quedado incompleto termina teniendo su papel estructural en esta novela) se la hace irónicamente Valera a su esposa:

Quien recibe y hace todo el papelón es la hija mayor [del Secretario de Estado], la señorita Catalina, que también es muy docta, sabe filosofía y la lengua de los gitanos y dice y piensa las cosas más singulares, Cuando se electriza se cree tan cargada de electricidad que asegura haber encendido a veces un poco de gas con la chispa que sale de su dedo meñique (Valera, 2005, 281).

Conjeturalmente, la noticia, con ese juvenil y portentoso dedo cuya electricidad podría encender «un poco de gas», podría parecer cargada de burla o venganza contra una esposa que, según otras cartas, lo desprecia por viejo en el drama familiar de Valera. Esa sospecha estaría fundamentada además en el hecho de que unas cartas atrás ya había informado a su hermana de que hay alguien que gusta de él y en que en otra carta a esta, fechada en el mismo día de la citada de su esposa, pero ordenada por los editores tras ella, le cuenta una intimidad conyugal de la mayor trascendencia que cabría entender como una justificación de su relación con Miss Catherine Bayard:

En fin, vale más que no venga [su esposa] porque había de arañar a algunas Misses. Hace doce años (yo te lo cuento todo, como tú me lo cuentas todo) Dolores no quiere ser *mi mujer*, pero siempre se pone furiosa contra

cualquiera otra que me desdeñe menos y que no me halla tan viejo, tan feo, ni tan averiado (Valera, 1974, 257).

El resto de la crónica de estos amores, con sus perplejidades, su desdichado final y la tristeza de Valera tras este, acompañada de posibles sentimientos de culpa o arrepentimiento en medio de otros fracasos y desgracias, irán apareciendo en sucesivas alusiones a Catherine realizadas con mayor o menor grado de claridad en cartas posteriores dirigidas a distintos corresponsales. La historia, como ya he señalado que es frecuente tantas veces en el realismo y en el naturalismo, acaba mal. Tras la muerte de su amante, Valera, apesadumbrado por este hecho y por la realidad ya inapelable de su senilidad y decadencia, vuelve a Europa para encontrarse con la infelicidad y los desaires de su esposa:

Es verdad que no estoy, ni estaré consolado, ni resignado, pero estoy más sereno. Consultado sobre si quiero ir de Ministro a Bruselas, he respondido que sí. Allí, si voy y si dura el gobierno que me envía, podré vivir con mis hijos y con mi *amante esposa* y recibir de esta siete docenas de sofiones diarios y unos cuantos puntapiés en el trasero, tratándome de feo, de viejo, de torpe, de *Fedorento* y de cursi (Valera, 1974, 282).

Las consecuencias vitales y textuales (soy consciente de la dificultad de separar nítidamente ambas cosas) de esta realista historia norteamericana en Valera fueron numerosas y profundas. En un libro sobre el escritor cordobés y el naturalismo Luis López Jiménez ha sugerido que una de las causas de los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, comenzado a publicar por entregas unos meses después de su salida de Estados Unidos, fue la «crisis espiritual» que sufre tras la muerte de su hijo y el suicidio de su amante, «todo lo cual», afirma el crítico, «de determinaría o influiría para atacar el materialismo naturalista» (López, 1977, 43). La influencia en forma de rechazo de su desgraciada novela epistolar americana, y el carácter realista o naturalista de la misma, queda de manifiesto en un par de cartas a su hermana ya desde Ostende en

el verano de 1886, apenas acaba de llegar a Europa y poco antes de dar a la luz los *Apuntes*. En una se lamenta de que su esposa «no hace más que afligirme, contándome la muerte de Carlitos, con pormenores dignos de esto que llaman ahora novela realista» (citado en López, 1977, 41); en la otra, de manera mucho más trivial, pues alude al servicio doméstico y a consideraciones monetarias, pero no menos significativa ya que idénticos problemas habían sido relatados en su correspondencia desde Washington, le pide a su hermana que le mande una cocinera que no les robe en exceso, añadiendo: «Asunto es grave, y trágico-grotesco, a la manera *naturalista*» (citado en López, 1977, 42).

Es difícil especular sobre cuántas de las cartas escritas desde Washington o qué cantidad de su contenido se difundirían y se conocerían más allá de los corresponsales concretos de cada una de ellas, y de qué manera afectaría este hecho a Valera. Es evidente que aunque ninguna de estas epístolas corriera la suerte de las dirigidas a Leopoldo Augusto Cueto desde Rusia en la década de 1850, algunas de las cuales iban siendo publicadas según eran recibidas, primero aparentemente sin el conocimiento de Valera y luego con su anuencia, algunos de los hecho relatados en las enviadas desde Washington fueron conocidos por unos y otros, probablemente deformados, bien por malevolencia, bien por ese impulso del lector a rellenar los agujeros de desconocimiento y silencio en cualquier narración. Así, muchos años después, en una agria polémica literaria con Enrique Gómez Carrillo en 1898, este publicaba una intempestiva y apenas disimulada alusión al relato americano de Valera que es lícito suponer que habría de herirle en lo más profundo: «Sin duda en todas partes hay vicio, queridísimo maestro: pero no como en París; en Nueva York mismo, las niñas se dejan violar diplomáticamente y luego se suicidan» (citado en Trimble, 1997, 149).

El estrambote a mi lectura de todos estos textos es que por parte de Valera, y ya también en la década de 1890, *Juanita la Larga* cabe ser leída como una narración susceptible de aliviar los residuos textuales, los murmullos y habladurías en relación a su época de representante diplomático de España en Estados Unidos, como un contratexto a su novela epistolar americana y a las

lecturas, difusión y secuelas de esta, una tardía réplica textual a sus ingredientes realistas y naturalistas.

Juanita la Larga registra una serie de marcas textuales aparentemente inocuas que sin embargo tienen la potencialidad de encaminar al lector hacia la época estadounidense de Valera, tendiendo a legitimar una lectura intratextual de la novela a partir de las cartas que relatan ese período, sin que eso menoscabe otras lecturas de similar laya propuestas por la crítica como la que asocia la novela a su cuadro de costumbres «La mujer de Córdoba». En concreto, hay tres instancias textuales caracterizadas por lo que podríamos llamar inadecuación discursiva que apuntan en esa dirección. La primera, ya citada, consiste en la indecorosa inserción, y no ignoro la posible intención irónica, del término «high life», repetidamente usado en la correspondencia americana (Valera, 2005, 135, 307; Valera, 1974, 218, 233), para nombrar en el capítulo 3 de la novela a la crema de la sociedad del imaginario pueblo andaluz en que ocurre su trama (Valera, 1986, 84). La segunda, a través de lo que era todavía un barbarismo lingüístico en la época, aparece al expresar la opinión del cacique de ese pueblo imaginario sobre cómo habría que tratar a los delincuentes: «[...] había aplaudido la impaciente severidad con que los yankees *lynchan* sin escrúpulo a quien la justicia anda reacia en dar el merecido castigo» (Valera, 1986, 248). La última, colocada al final de la novela, se suscita al dar cuenta de los planes de Antoñuelo, amigo y supuesto pretendiente de Juanita, además de golfo y delincuente: irse a Estados Unidos, hacerse ciudadano americano y reclamar diplomáticamente los bienes que le habría secuestrado el gobierno español por sus actividades delictivas, antipatrióticas y proindependentistas en Cuba «[a]unque tenga que ceder a los Fabricios, Cincinatos y Catones de escaleras abajo y de quinta clase, que acaso haya en las orillas del Potomac» (Valera, 1986, 297). Las reclamaciones monetarias a España desde los tribunales de justicia norteamericanos y los movimientos independentistas en Cuba son dos preocupaciones muy frecuentes de Valera en su correspondencia desde esas orillas del Potomac.

Aparte de esas tres llamadas de atención americanas, por decirlo así, la novela incurre en otros posibles guiños puntuales, y muchas veces sorprendentes, a la correspondencia americana,

como esa uña del supuestamente satánico, liberal y positivista boticario del pueblo, que, recordando al dedo meñique de Catherine Bayard, como ya había observado Antonio Cruz (48-9), «lanza un chorro o penacho de chispas azuladas y luminosas» y que «cuando estaba él bien saturado y cargado de electricidad, encendía un candil» (Valera, 1986, 155). Tomando como excusa, acicate o justificación este tipo de índices textuales, evidentemente el motivo de los amores de un hombre mayor y una joven, motor fundamental de la trama de la novela, parece remitir ineluctablemente a una relación intratextual de *Juanita la Larga* con la novela epistolar americana de Valera y los amores en esta entre el provector embajador y la nínfula Catherine Bayard. Mario Maurín aseguraba que «el tema más frecuente en las novelas de Valera» era el de «los amores de un hombre ya maduro, próximo a la vejez, con una muchacha» (Maurín, 1967, 35). A ese respecto se han estudiado los múltiples intertextos, siglodeorescos, dieciochescos o incluso galdosianos (Franz, 2000, 53-64) de esa constante temática y del resto de la novela, pero, por supuesto, habría que añadir que ese tema concreto es también de los más frecuentes en su vida, casado con una mujer mucho más joven que él y con amantes como Miss Bayard, así como en la copiosa correspondencia en que cuenta y cifra esa vida. Los textos y la vida de Valera, convertida frecuentemente en texto epistolar, se entrecruzan, se confunden y se retroalimentan mutuamente. Tras aludir al desigual matrimonio de Valera, Maurín argumentaba que «[t]odos estos personajes ya entrados en años pero todavía ardientes serían, pues, simples proyecciones del autor, de sus sueños o tal vez de la realidad vivida en su verde vejez» (Maurín, 1967, 35).

Ya José Montesinos había relacionado el tema del viejo y la niña en *Juanita la Larga* con «una trágica experiencia de Valera», pero sólo como coincidencia, no como relación de causa efecto o diálogo intratextual (Montesinos, 1957, 158). Carmen Bravo Villasante va un paso más allá, sugiriendo, sin entrar en mayores detalles, que en esa novela «de manera, vaga, subconsciente, irrumpe algo de aquel suceso de Washington» (Bravo, 1989, 227). De hecho, consciente o inconscientemente, el suceso de Washington no sólo irrumpe vagamente en la novela, sino que la informa sustancialmente a través de una lógica, o ilógica, de ecos,

repeticiones, alteraciones y permutaciones varias y a veces contradictorias de personajes, incidentes, escenarios, motivos, formas y estilo, El conjetural propósito o efecto de esta reescritura novelística de la correspondencia de Washington sería corregir las acciones y sufrimientos del pasado, aliviar terapéuticamente el peso que hubiera quedado de ellos, expiar mediante esta novela, un poco al estilo de *Atonement* de Ian McEwan (una mujer escribe una novela para expiar un error que condujo a la muerte de dos personas y permitirles vivir en la ficción la vida y la felicidad que no tuvieron por su culpa), los errores, vitales y estéticos, presuntamente cometidos.

Lo primero que hace *Juanita la Larga*, en contraposición a su intratexto, es asear y enmendar lenguajes, personajes, circunstancias y ambientes. La novela es de una pulcritud lingüística sobresaliente. Lo soez, lo escatológico y lo obsceno han desaparecido por completo. En este «ultimo idilio clásico de la literatura española» (Montesinos, 1957, 157), los personajes adelgazan su materialidad corpórea en la medida de lo posible: Juanita puede ser hermosa y gallarda (el enjundioso y literario adjetivo es intencional) pero no se le sospecha «chomino»; Don Paco, su viejo pretendiente, puede ser robusto y vigoroso, pero sólo muy entre líneas se le pueden presumir erecciones. El tratamiento del cuerpo en la novela podría compendiarse hiperbólicamente en la venerada imagen de la virgen tutelar del lugar, María Santísima de la Soledad, una de esas figuras de la virgen que sólo tienen la cabeza y las manos, las llamadas imágenes de vestir, siendo el resto un mero bastidor de palo: «En el resto de la imagen no se advierte forma ni dibujo de cuerpo de mujer» (Valera, 1986, 242)¹. En sintonía con esta cierta descorporeización

¹ En una carta a Clarín citada por Manuel Lombardero, en la cual agradece los elogios del crítico a la novela en un artículo aparecido en *El Imparcial* y se defiende de la sugerencia de que una pequeña mácula del texto sería la inverosimilitud de suponer a don Paco apto para asuntos de la carne con su esposa, probablemente porque esa aptitud no aparece nunca de manera explícita en la novela, Valera intenta enmendar esa carencia textual, además de defender su desempeño sexual con Catherine Bayard y otras amantes de su vejez, sosteniendo que un hombre mayor de «naturaleza sana y buena, que no haya sido un libertino desaforado, que haya sabido cuidar así de su alma como de su

sexual, las enfermedades horribles, repugnantes y cotidianamente mortales desaparecen. Únicamente un personaje, don Álvaro Roldán, hidalgo tronado y mujeriego, padece al final de la novela una dolencia que parece más bien del género humorístico o simbólico-moral. El escenario de los hechos, un pueblo andaluz llamado con una absoluta candidez toponímica «Villalegre», es casi arcádico en muchos aspectos, satisfaciendo tantos años después la continua nostalgia por Cabra y Mencia esparcida por toda la correspondencia de Valera desde Washington (Valera, 2005, 105, 128, 236, 288; Valera, 1974, 196, 213). El dinero en su forma más utilitaria y necesaria, o su carestía, tiene una presencia atenuada en el texto y mínima en las motivaciones de los dos personajes protagonistas². La violencia, cuando la hay, como cuando don Paco apalea justicieramente a Antoñuelo o cuando Juanita defiende heroicamente su honor frente a las asechanzas del cacique don Andrés, no es sórdida, sino heroica y testimonial de las virtudes de los protagonistas. Hasta la comida, insistentemente abominable en la correspondencia desde Washington (Valera, 2005, 52, 151, 159, 178; Valera, 1974, 199), se convierte en largas y apetitosas enumeraciones de manjares populares andaluces elaborados por la madre de Juanita (Valera, 1986, 82) para resarcimiento gastronómico de Valera.

Una vez realizadas estas operaciones de limpieza, todas estas correcciones idealistas (Enrique Rubio Cremades dice que

cuerpo, lavándole y ejercitándole con esmero... puede y debe enamorar a una muchacha y cumplir digna y satisfactoriamente con ella tan bien como un hombre de treinta» (citado en Lombardero, 2004, 369-70). El realismo vuelve a aletear en sus cartas en contraposición a su novela.

² Es obvio que el dinero y su carencia entra a formar parte de las novelas de Valera, pero normalmente lo hace por su la desagradable necesidad del mismo para propósitos encumbrados, heroicos, en vez de para comer o simplemente para vivir, para comprar menaje de casa o para salir de una ciudad en el verano y así no confundirse con los pobres que se quedan. Esa necesidad de dinero por mor de alcanzar la gloria es la que tiene el doctor Faustino en la novela epónima, pero incluso aquí el narrador hace este comentario metanarrativo rabiosamente moderno o postmoderno: «El protagonista me desagradaba cada vez más. En sus cualidades intrínsecas hay poco o nada que le haga interesante, y, sobre todo, su posición de señorito pobre es antipática hasta lo sumo» (Valera, 2007, vol. 1, 478).

Valera convierte «Villalegre y sus protagonistas en personajes antónimos del naturalismo» [Rubio Cremades, 1986, 29]), el juego de correlaciones y emparejamientos de personajes entre los dos intratextos en conversación sigue hipotéticamente estos derroteros. Don Paco, convenientemente viudo, avanzado de edad, pero vigoroso y entero todavía, con excelente sentido del humor, gran habilidad para contar historias, y, correctivamente a diferencia de cómo Valera se consideraba a su pesar, activo y eficiente (Valera, 1986, 73), es la principal contrafigura del autor en *Juanita la Larga*, como ya habían defendido Andrés Amorós (Amorós, 2005, 296, 307-08), y Robert Trimble (Trimble, 1998, 132) a pesar de las opiniones contrarias de Montesinos al respecto (Montesinos, 1957, 162, 166). Su hija doña Inés aparece a veces como posible eco textual en la novela de la desdenosa esposa de Valera, Dolores Delavat, en la narración epistolar de Washington, proveyendo, aunque aquí no de manera insuperable, la antagonista que dificulta la relación entre el hombre mayor y la joven soltera. Digo que don Paco es la principal contrafigura de Valera en *Juanita la Larga* porque, apurando la lectura de los textos involucrados en el diálogo propuesto, no es el único personaje susceptible de adquirir esa función. Otros efectivos o posibles seductores de la joven Juanita, como el cacique don Andrés Rubio o el hidalgo don Álvaro Roldán, actúan en la economía de correlaciones intratextuales como reflejos peyorativos y expiatorios del peor Valera, como proyecciones de su mala conciencia, frente a don Paco, sublimación de las mejores cualidades, reales o deseadas, del novelista. Incluso, cabría admitir a otro personaje en esa contradictoria lista de alter egos del Valera epistolar en *Juanita la Larga*. Me refiero a la propia Juanita, tocaya del escritor, miembro de la ecuación amorosa de la novela que despide al otro en un momento provocando en este la idea del suicidio (Catherine Bayard sería don Paco en esta abstrusa y extravagante combinación) e insigne y superlativo portavoz en el texto de la filosofía voluntariosamente optimista de Valera e incluso de su estética: «Yo soy una chica de tan buen humor, que por fortuna huyo de lo trágico y todo lo tomo a risa» (Valera, 1987, 280). Sin embargo, evidentemente el papel de Juanita es la de replicar, es decir, repetir y oponerse, a Catherine Bayard, la cual profesaba,

según Valera en sus cartas, una visión del mundo y de sí misma diametralmente opuesta a la del personaje femenino en la reescritura de la historia de amor entre el viejo embajador y la desgraciada joven enamorada de él: «Miss Catalina Bayard, llena de talento, de chispa, de gracias y de saber, tenía las ideas más espantosas de pesimismo, deseaba la muerte: era su preocupación: su idea constante» (Valera, 1974, 281-82).

Finalmente se puede formular cómo queda el contraargumento de la novela, con glosas probablemente obvias e impertinentes en este punto. En un pueblo andaluz de nombre feliz, clima apacible, buena gastronomía y casi perpetuamente exento de lacras fisiológicas y sociales (tan contrario al Washington de la correspondencia) vive don Paco, sujeto principal de la localidad, rico, viudo y entrado en años, pero todavía lozano y de buen ver (en contraste con la condición de casado de un Valera al que su esquiava esposa, e incluso él mismo a veces, ve como feo y caduco y que siempre está agobiado por preocupaciones económicas). Poco a poco, tras diferentes, encuentros, visitas a su casa, y sabrosas y castas tertulias en patio andaluz (en sustitución de las multitudinarias y promiscuas recepciones de la *high life* en la capital de Estados Unidos donde acabará finalmente uno de los personajes de la historia, Antoñuelo) don Paco se enamora de una joven mucho más joven que él, hija natural de una mujer del pueblo de grandes prendas, una joven de humilde, aunque ni mucho menos desesperada, condición económica, y de enérgica constitución física y moral (tan voluntariosa, libre y decidida como Bayard, pero en otras direcciones y propósitos). En un momento de la historia, y tras algunos incidentes que han ocasionado las habladurías del pueblo y la segura oposición de doña Inés a la relación de su padre, la joven, Juanita la Larga, insta a su madre a escribir una carta a don Paco rechazando sus pretensiones amorosas y matrimoniales (el hombre toma la iniciativa, no la mujer). Ante este rechazo don Paco se va del pueblo y desaparece vagando por los campos circundantes. Tanto don Paco como Juanita y otras gentes del lugar entretienen, a lo trágico o lo tragicómico, la idea del suicidio del desengañado pretendiente. A pesar de las numerosas alusiones a ese suicidio en ciernes, este jamás tiene lugar (el suicida por amor es él, no ella, y tal suicidio

nunca ocurre) y Juanita acaba admitiendo y confesando su amor a don Paco. Tras una osada y valerosa astucia de la joven, que hace desistir al cacique del pueblo, don Andrés, de sus deseos de lograrla y que consigue persuadir a la hija de su enamorado de la inutilidad e incluso la inconveniencia de oponerse al matrimonio que desea su padre, la historia acaba con la feliz boda de ambos seguida a manera de epílogo de la noticia del destino futuro de todos los participantes de la historia.

En el último párrafo del capítulo final, justo antes del epílogo, se concluye la narración de la boda y la noche de bodas, tras la proverbial cerradura por la viudez de don Paco, con un balsámico y correctivo alarde textual de felicidad, tranquilidad, bienestar, limpieza, idealismo, ortodoxia en los papeles de género y desexualización de la relación entre los amantes: «Así don Paco se durmió al fin con reposo y merced al silencio, y también se durmió Juanita, a la vera suya, como mansa cordera, y no como fiera leona; suave y graciosa como Jerusalén y no terrible como un escuadrón de caballería» (Valera, 1986, 290). El realismo de la novela epistolar americana ha quedado enmendada, la estética idealista vindicada y refrendada, las culpas, miserias y deslices de Valera aplacados y su infelicidad y fracasos reparados textualmente.

BIBLIOGRAFÍA

ABUD, RICARDO. (2004). «La vida amorosa de Juan Valera conocida a través de su obra epistolar». *Divergencias. Revista de estudios lingüísticos y literarios*. 2. 1. 61-81.

ALARCON, PEDRO ANTONIO DE. (1921). *Juicios literarios y artísticos*. Madrid. Rivadeneyra.

ALAS “CLARÍN”, LEOPOLDO. (1984). «Prólogo a la *Cuestión palpitante*». *Los prólogos de Leopoldo Alas*, Edición, introducción y notas de David Torres. Madrid. Playor. 132-39.

AMORÓS, ANDRÉS. (2005). *La obra literaria de don Juan Valera: la «música de la vida»*. Madrid. Castalia. AZAÑA, MANUEL. (1971) *Ensayos sobre Valera*. Madrid. Alianza.

BERMEJO MARCOS, MANUEL. (1986). «Las cartas de Valera». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. 62. 137-162.

BORGES, JORGE LUIS. (1974). *Obras completas*. Buenos Aires. Emecé.

BRAVO VILLASANTE, CARMEN. (1989). *Vida de Juan Valera*. Madrid. Cultura Hispánica.

CHAMBERLIN, VERNON. (1989). «Juan Valera y la caracterización de Juanito Santa Cruz en *Fortunata y Jacinta*». *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Barcelona, 21-26 de agosto de 1989*. Antonio Vilanova (editor). Barcelona. Promociones y Publicaciones Universitarias. 1237-1241.

CRUZ CASADO, ANTONIO (2012). “Katherine Lee Bayard y Juan Valera: un amor desdichado (Las cartas de Kathleen Bayard a Valera)” en *Actas del XVII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Rumbos del hispanismo en el umbral del Cincuentenario de la AIH (2010)*. 8 vols. Roma. Bagatto Libri. Vol 5. 40-49.

FRANZ, THOMAS. (2000). *Valera in Dialogue/In Dialogue with Valera*. New York. Peter Lang.

LOMBARDERO, MANUEL. (2004). *Otro Don Juan. Vida y pensamiento de Juan Valera*. Barcelona. Planeta.

LÓPEZ JIMÉNEZ, LUIS. (1977). *El naturalismo en España. Valera frente a Zola*. Madrid. Alhambra.

MAURÍN, MARIO. (1967). «Valera y la ficción encadenada». *Mundo Nuevo*. 14 y 15. 35-44 y 37-44.

MONTESINOS, JOSÉ F. (1957). *Valera o la ficción libre*. Madrid. Gredos.

RUBIO CREMADES, ENRIQUE. (1986). Introducción. *Juanita la Larga*. Juan Valera. Madrid. Castalia. 9-64.

SÁENZ DE TEJADA, CARLOS. (1974). Introducción. *Cartas íntimas (1853-1897)*. Juan Valera. Madrid. Taurus.

TRIMBLE, ROBERT. (1997). *Chaos Burning on My Brow. Don Juan Valera in his Novels*. San Bernardino. The Borgo Press.

TRIMBLE, ROBERT. (1998). *Juan Valera en sus novelas*. Madrid. Pliegos.

VALERA, JUAN. (1887). *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novela*. Madrid. M. Tello.

VALERA, JUAN. (1946). *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. 1877-1905*. Madrid. Espasa Calpe.

VALERA, JUAN. (1956). *Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905)*. Edición, introducción y notas de Cyrus C. DeCoster. Madrid. Castalia.

VALERA, JUAN. (1961). *Obras Completas*. 3 vols. Edición, introducción y notas de Luis Araujo Costa. Madrid. Aguilar.

VALERA, JUAN. (1974). *Cartas íntimas (1853-1897)*. Edición introducción y notas de Carlos Sáenz de Tejada Benvenuti. Madrid. Taurus.

VALERA, JUAN. (1986). *Juanita la Larga*. Edición, introducción y notas de Enrique Rubio Cremades. Madrid. Castalia.

VALERA, JUAN. (2005). *Correspondencia. Volumen IV (Años 1884-1887)*. Edición, introducción y notas de Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo. Madrid. Castalia.

VALERA, JUAN. (2007). *Obras completas*. 3 vols. Barcelona. RBA.

VEGA RODRIGUEZ, PILAR. (2008). «La correspondencia privada del escritor célebre: D. Juan Valera en sus cartas». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. 84. 471-86.